



XXIII

SOBRE Vilamorta ha caído el negro cortinaje del invierno. Llueve, y por la calle principal y la plaza, empapadas y cubiertas de sucio barro, sólo cruza, de tiempo en tiempo, algún campesino invisible bajo su capa de juncos, jinete en un rocín cuyas herraduras baten el suelo y alzan un chapoteo de fango. Ya no hay fruterías, por la plausible razón de que tampoco hay fruta: todo está solitario, húmedo, enlodado y mohoso. Cansín, con zapatillas de orillo y bufanda, se pasea sin cesar ante su puerta por evitar los sabañones; el Alcalde aprovecha un reducidísimo soportal que hay frente á su casa para entretener la tarde, dando diez pasos hacia arriba y diez hacia abajo, patear muy fuerte y calentarse los pies; ejercicio sin el cual afirma que no digiere.

¡Ahora sí, ahora sí que la pobre villita está

muerta! Ni agüistas, ni forasteros, ni ferias, ni vendimias... Una paz, un abandono de cementerio y una humedad tan terca, que deja rastros verdes en los sillares de las casas en construcción. Las villitas así, en invierno, son capaces de producir murria al más alegre: son la raíz cuadrada del fastidio, la quintesencia del esplín, la desidia de peinarse, la pereza de vestirse, la interminable noche, el aguacero terco, el frío lúgubre, el aire color de ceniza y el cielo color de panza de burro...

En medio de aquella especie de sueño letárgico que duerme Vilamorta, hay, sin embargo, unos seres felices, unos seres en la plenitud de su ventura, aunque próximos á concluir su existencia del más trágico modo: seres que, con sólo el instinto natural, han adivinado la moral de Epicuro y la practican, y comen y hozan y se regodean, y no temen á la muerte ni piensan en la inexplorada región cuyas puertas se abren al morir; seres que gozan en recibir el agua llovediza en su estirado pellejo; seres para quienes el lodo es baño deleitosísimo donde muy gustosos se chapuzan y revuelcan, abandonando la incomodidad y estrecho de sus cubiles y pocilgas. Ellos son, en esta época del año, dueños y señores indiscutibles de Vilamorta: ellos, los que con sus fastos y hazañas dan pábulo á la

conversación de las boticas y entretienen las veladas familiares, en que se discute su respectiva corpulencia y se les estudia desde el punto de vista de sus cualidades propias, trabándose acaloradas discusiones acerca de si la oreja corta ó larga, el rabo bien enroscado, la pezuña más ó menos recogida y el hocico más ó menos agudo, prometen carne más succulenta y grasa más copiosa. Hácense comparaciones: el marrano del *Pellejo* es soberbio como tamaño, pero sus carnes de un rosa erisipelatoso y su bandullo inmenso y fofo, delatan al cerdo de fibra muelle, mantenido con despojos de tahona: cochino soberbio, el del Alcalde, cebado con castaña: algo más chico, pero ¡qué jamones ha de tener! ¡qué jamones! ¡qué tocinos! ¡qué lomos, que dan ganas de sentarse en ellos! Ese será el cerdo de la temporada. Sin embargo, hay quien afirma que el superior, el soberano marranil de Vilamorta, es la cerda de la tía Gaspara, la de García. Las ancas de tan magnífico bestión parecen una carretera: ya ha estado á punto de ahogarse con su propia gordura: sus glándulas mamarias tocan con las pezuñas y besan el barro de la calle. ¿Quién puede calcular las libras de grasa que rendirá, ni las morcillas que se llenarán con su sangre y la longaniza que saldrá de sus asaduras?

Cesa de llover una semana; arrecia el frío; cae helada y la escarcha se deposita en tersos cristales sobre las yerbas de los linderos y endurece la tierra... Es la señal de la hecatombe, á la cual todos los auspicios son favorables, pues además del frío, es cuarto creciente de luna; que si fuese menguante, menguaría la carne muerta... Ha llegado la hora de empuñar el cuchillo. Y en las largas noches de Vilamorta se oyen á la hora menos pensada desaforados gruñidos: primero de furor, que indican la impotente rabia de verse sujeto al banco, y revelan en el enervado cerdo doméstico la prole del jabalí montés; luego de dolor, cuando la cuchilla penetra al través de los tejidos; un grito casi humano, de suprema agohía, cuando la hoja se hunde en el corazón; y, por último, una serie de quejidos desesperados, que van debilitándose al paso que la fuerza y la vida se escapan envueltas en el caliente chorro sanguíneo...

Ocurría este drama espeluznante en casa del abogado García á las once de una glacial y serena noche de Diciembre. Las niñas, locas de gozo, muertas de curiosidad, se atropellaban alrededor del agonizante cerdo, en cuyo corazón y garganta sepultaba el cuchillo el matachín, de arremangados brazos. Segundo, encerrado en su dormitorio, tenía delante pliegos de papel

más ó menos emborrionados... ¡Hacia versos! Mas como llegase hasta él el ruido de la tragedia, soltó la pluma con desaliento. Había heredado de su madre un profundo horror al espectáculo de la matanza: á su madre solía costarle diez ó doce días de padecimientos, en que no probaba bocado, asqueada por la vista de la sangre, de los intestinos y vísceras, tan semejantes á intestinos y vísceras humanas, por el olor groseramente aperitivo y excitante del mondongo y de las especias, por las pingüedinosas moles de tocino pendientes del techo... Aborrecía Segundo hasta el nombre del cerdo, y en el estado enfermizo de su ánimo, en la excitación nerviosa que le consumía, era para él no imaginado suplicio el no conseguir poner el pie fuera de casa sin tropezarse, sin enredarse en los malditos y repugnantes animales, ó ver, á través de las puertas entreabiertas, trozos de sus cadáveres suspendidos en garfios. Todo Vilamorta trascendía á muerte de cerdo, á vaho de mondongada: Segundo no sabía ya dónde meterse, y se acuartelaba en su aposento con las puertas y las ventanas bien cerradas, aislándose del mundo exterior, para vivir con sus sueños y fantasías en un país donde no había marranos y sólo existían pinares, flores azules, precipicios... ¡Insuficiente precaución para li-

brarse del tormento de aquella época brutal del año, puesto que el drama de la glotonería y de la materia le asediaba allí, en su misma casa!... El poeta cogió el sombrero y salió de estampía. Necesitaba huir donde no oyese aquellos gruñidos, ni le envolviesen aquellos olores. Pasó de largo por el zaguán, cerrando los ojos para no ver, á la luz del candil que sustentaba una de las chiquillas, á la tía Gaspara con su brazo de esqueleto desnudo hasta el codo, agitando en un barreñón un líquido rojo y espumante. Al ver salir á Segundo, las hermanas soltaron el trapo riéndose á carcajadas, y le llamaron ofreciéndole regalos grotescos, innobles despojos del moribundo...

Leocadia no se había acostado: sentíase indispuesta, y dormitaba envuelta en un gran mantón, transida de frío; prestamente abrió la puerta á Segundo, preguntándole alarmada si le sucedía algo. Nada, á la verdad... En casa de Segundo estaban matando el cerdo: noche toledana; no le dejarían dormir... Hacía además tanto frío aquella noche... que se encontraba no muy bien, así como pasmado... Que le hiciese una tacita de café, ó mejor un ponche de ron...

— Las dos cosas, corazón. Enseguidita.

Recobró Leocadia su actividad y brío como por ensalmo. Pronto ascendió de la ponchera la

llama color de zafiro del ponche; á su reflejo traidor, la cara de la maestra parecía muy demacrada. Faltábale aquel aspecto saludable, aquel tono suyo, moreno caliente, como de corteza de pan. La madurez femenina, la crisis fatal de los últimos años de amor, se leía en el semblante empalidecido, en el brillo febril de la mirada, en el cárdeno tinte de los labios. Sobre la prosa de sus facciones vulgarísimas imprimía el dolor sello casi poético; como había enflaquecido, resultaban mayores sus ojos; ya no era la mujerona de buenas carnes, limpia y fresca de boca, que picada de viruela y todo aún arrancaba al tabernero un requiebro bestial; abrasábala el fuego interior de una pasión imperiosa, exigente, incoercible; la pasión postrera, la más poderosa, la que ni vence la razón, ni borran los años, ni puede cambiar de objeto; la que hinca sus garras en las entrañas y no suelta la presa sino cuando ya la ha matado.

Y tenía esta pasión tan extraño carácter, que siendo insaciable, volcánica, desesperada, lejos de dictar á Leocadia actos de violencia y arrancarle rugidos de leona, le inspiraba una abnegación y generosidad sin límites, suprimiéndole por completo el egoísmo. Horribles habían sido para ella los días del verano, las vendimias, todo el tiempo en que apenas veía á Segundo,

en que le constaba que no se acordaba de ella, que se consagraba á otra mujer; ¡y sin embargo, ni salió de su boca una palabra de celos, ni un reproche, ni le pesó de haber dado á Segundo el dinero; y al ver al poeta era su alegría tan franca, tan grande, que borraba como por magia todos los sufrimientos y los compensaba con creces!

Ahora existía un motivo más para que ella se desviviese por el poeta. Tampoco él andaba bueno. ¿Qué le dolía? Ignorábalo él mismo. Mal del espíritu, nostalgia, murria, ahogo producido en sus pulmones de soñador por el mezquino ambiente que respiraba... Constante inapetencia, negra melancolía, el estómago fatigado, los nervios como cuerdas de guitarra... Y no era su pasión por Nieves como la de Leocadia, de esas que absorben el sér todo, interesan el corazón, atenacean la carne y subyugan el alma; Nieves sólo vivía en su cabeza, en su amor propio, en sus facultades líricas, en sus desvaríos románticos, generadores eternos de la ilusión. Nieves encarnaba en forma visible, gentil y halagüeña, sus ansias de gloria, su ambición artística.

Leocadia sirvió el ponche y el café, y como le temblaba la mano de placer y emoción, dejó caer el líquido hirviendo, quemándose un poco:

mas no hizo caso de la quemadura y siguió tan solícita, cuidando, como siempre, de que todo estuviese á la perfección. Para hablar con el poeta de algo que le agradase y divirtiese, le preguntó por el tomo de poesías que traía entre manos y debía extender su fama lejos de Vilamorta así que se imprimiese en Orense... Segundo no se mostró entusiasmado con tal perspectiva.

— En Orense, mujer... en Orense... ¿Sabes que he mudado de idea? Ó lo imprimo en Madrid... ó no lo imprimo: poco perderán con eso las musas españolas.

— ¿Y por qué no te gusta ya imprimirlo en Orense?

— Verás... Le sobra razón á Roberto Blánquez, que me lo aconseja desde Madrid... Ya sabes que ahora Roberto está allá, empleado... Dice que las obras impresas en provincias no las lee nadie; que él ha visto el desprecio con que se miran allí las que traen pie de imprenta de fuera de la corte... Que además aquí tardan un siglo en imprimir un tomo, y salen plagados de erratas, y con una forma tan fea... En fin, que no gustan... Y para eso...

— Pues á Madrid con el libro; ¿qué importa?

— Chica... Roberto me asusta con los precios de las ediciones... Parece que la broma cuesta un ojo de la cara... No hay editor que compre

versos, ni siquiera que vaya á medias con el autor...

No contestó Leocadia, limitándose á sonreír. Tenía la salita aspecto de íntimo bienestar: aunque el invierno había despojado de sus encantos al balcón, poniendo amarillas las albahacas y mustios los claveles, allí dentro el gorgoteo de la cafetera, el vaho alcohólico del ponche, la quietud, el solícito cariño de la maestra, todo parecía templar y suavizar el ambiente. Segundo sentía apoderarse de su cuerpo un sopor grato.

— ¿Me das una manta de tu cama? dijo á la maestra. Hoy en mi casa no hay medio de descansar, mujer... Yo reposaría un poco aquí en este sofá.

— Tendrás frío.

— Estaré en la gloria. Anda.

Leocadia salió y volvió arrastrando con gran esfuerzo un objeto pesado, enorme: un colchón. Después trajo la manta; luego, fundas. Total, una cama de veras. Para lo que faltaba, las sábanas no más... ¡Bah! También las trajo.



XXIV

No vaciló Leocadia al día siguiente. Sabía ya el camino y fué derecha á casa del abogado. Éste la recibió con el entrecejo fruncido. ¿Pensaban que fabricaba moneda? Leocadia ya no tenía bienes que empeñar; los que llevaba valían tan poca cosa... Si se resolvía á hipotecar la casa, él hablaría con su cuñado Clodio que tenía ahorros y ganas de una finca así... Leocadia exhaló un suspiro de pena. Sucédiale lo contrario que á los campesinos: ningún apego á los terrones; ¡pero la casita! ¡Tan limpia, tan mona, tan cómoda, hecha á su gusto!

— Psh... con abonar el importe de la hipoteca... la recobra usted en seguida.

Dicho y hecho. Clodio aflojó la mosca, lison-

jeado con la esperanza de adquirir por la mitad de su valor un nido tan cuco, donde acabar su vida solterona. De noche, Leocadia pidió á Segundo que le enseñase el cuaderno de sus poesías y le leyese algunas. Hablábbase mucho allí, con reticencias y alusiones trasparentes, de ciertas flores azules, de las voces de un pinar, de un precipicio y de otras varias cosas que bien entendía Leocadia no eran inventadas, sino que tenían su clave en pasados y para ella misteriosos acontecimientos. La maestra adivinó una historia de amor, cuya heroína sólo podía ser Nieves Méndez. Pero lo que no podía entender ni explicarse, era cómo estando ya la señora de Comba viuda y libre para premiar el amor de Segundo, no lo hacía inmediatamente... Los versos revelaban profundo desaliento, ardiente delirio amoroso y amargura muy honda... ¡Ahora comprendía Leocadia las tristezas de Segundo, su decaimiento, su pasión de ánimo! ¡Cuánto padecería allá por dentro! Los poetas, á fuer de tales, deben sufrir más y con más crueles torturas que el resto de los humanos... No cabía duda: aquella ausencia, aquellos recuerdos estaban matando á Segundo lentamente... Leocadia no sabía por dónde empezar la conversación.

—Mira, oye... Esos versos son preciosos y merecen que los impriman con letritas dora-

das... Casualmente, chico, estos días he recogido unos cuartos de Orense... ¿Sabes qué he pensado la otra noche, mientras tú dormías en la camita que te armé? Que era mejor irlos tú á imprimir en persona... Allá... á Madrid...

Con gran sorpresa vió nublarse el rostro de Segundo. ¡Ir él á Madrid ahora! Imposible: era preciso antes saber algo de Nieves... La trágica escena final de sus amoríos, el desenlace de la repentina viudez, todo alzaba entre los dos una valla difícil de salvar... Nieves era rica... y hoy Segundo, al presentarse en su casa, al caer á sus pies, no sería el enamorado que pide pasión, sino el aspirante á marido... que alega derechos anteriores, y fundado en ellos aspira á reemplazar al difunto... Y Segundo, que había aceptado dinero de Leocadia, sentía que su orgullo se sublevaba á la idea de que Nieves pudiese tomarle por un especulador, ó desdeñarle por oscuro y pobre... ¿Pero no le amaba Nieves? ¿No se lo había dicho? Entonces ¿cómo no trataba de saber de él? Es verdad que tampoco él intentaba comunicarse con la bella viuda, ni refrescar sus recuerdos... Es que temía hacerlo sin arte, sin oportunidad, y abrir la herida causada por el fallecimiento del esposo...

El tomo de versos... ¡Excelente idea! El tomo de versos era el único medio de volver á la me-

moria de Nieves en bella forma, llevado en alas del aplauso público... Si aquel tomo se leía, se elogiaba, gustaba, conquistaba á su autor una reputación, desaparecería entre él y Nieves toda diferencia social que pudiese hacer absurdas sus pretensiones... ¡Casarse!... pensaba Segundo... Lo del casamiento le parecía secundario... Que Nieves le amase... No bodas, amor pedía él. En la misma mesita de Leocadia escribió á Roberto Blánquez dándole instrucciones, y preparó el manuscrito para certificarlo y le puso el índice y la portada, con el impaciente júbilo del que, olfateando la suerte, compra un billete de lotería...

Así que él se retiró, quedóse Leocadia profundamente preocupada. ¡Segundo no quería ir *allá!* Entonces... El relámpago de ventura que cruzó ante sus ojos con la idea de que Segundo echase raíces en Vilamorta, lo apagaron dos pensamientos: uno, que Segundo allí se secaría de tedio; otro, que ella no podría facilitarle mucho tiempo ya lo que necesitara... Hipotecar la casa, era quemar el último cartucho... ¿Qué hipotecaría después? ¿Su propia persona? Y sonrió con tristeza.

En el corredor resonaban los gruesos zapatos del olvidado jorobadito, que iba en busca del lecho, donde Flores tardaría poco en arrullarle

con sus solecismos y letanías bárbaras. La madre suspiró. ¿Y aquel ser, aquel ser que no tenía más sostén que ella? ¿De qué viviría? Cuando su madre, arruinada del todo, no le pudiese dar ni cama, ni alimento ¿qué mudo y continuo reproche sería para ella la presencia del infeliz? Y ¿cómo le hacía trabajar?...

¡Trabajar! Esta palabra le recordó algunos planes, ya madurados en esas noches de desesperación é insomnio en que pasamos revista á nuestra vida entera y trazamos nuevas combinaciones y recorremos mentalmente todos los caminos posibles... Claro está que Minguitos no servía para el trabajo material de la tierra, ni para hacer zapatos, ni para moler chocolate como aquel buen mozo de Ramón; pero sabía leer y escribir, y en cuentas, con poco que Leocadia le repasase, sería un prodigio... Estar detrás de un mostrador no mata á nadie: atender al que llega, contestarle, cobrar, apuntar lo vendido, más son ocupaciones divertidas y que espacian el ánimo, que labores molestas... ¡Así se distraería el jorobadito, y perdería un poco el horror á la gente, el miedo á que se riesen de él!

Dos años antes, Leocadia habría insultado á quien le propusiese apartarse de su niño, robarle el calor de sus brazos amantes. ¡Ahora, la solu-

ción de hacer de él un dependientito de comercio le parecía tan sencilla y natural! Algo, sin embargo, latía aún en el fondo de su corazón de madre; unas fibrillas muy pegadas todavía al alma, que sangraban, que dolían... A arrancaslas pronto. Todo era por bien del chico, por hacerle hombre, para que hoy ó mañana...

Celebró Leocadia dos ó tres conferencias con Cansín, que tenía en Orense un primo, dueño de un establecimiento de paños; y Cansín, encareciendo mucho su alta influencia y la importancia del favor, dió á la maestra una carta de recomendación eficaz. Fué Leocadia á la capital, vió al patrón, y estipularon las condiciones de la admisión de Minguitos. Le mantendrían, le lavarían la ropa, y le harían algún traje de los retales de paño que quedasen por el almacén... Pagar no le pagarían nada, hasta que supiese bien el oficio, allá á la vuelta de un par de años... ¿Y era muy jorobado? porque eso le gusta poco á la clientela... ¿Y era honradito? Nunca le había cogido á su madre dinero de los cajones, ¿verdad?

Leocadia volvió con el alma empapada en acíbar. ¿Cómo se lo decía á Minguitos y á Flores? ¡Sobre todo á Flores! Imposible, imposible: armaría un escándalo que alborotase á la vecindad... Y había prometido llevar á Mingu-

tos sin falta á su puesto el lunes próximo... Ideó una estratagema. Afirmó que estaba en Orense una parienta suya, y que le llevaba el niño para que le conociese: pintó la expedición con risueños colores, á fin de que Minguitos creyese que iba á divertirse... ¿No tenía ganas de ver otra vez á Orense? Pues es un pueblo magnífico: ella le enseñaría las Burgas, la Catedral... El niño, con su horror instintivo á los sitios públicos, al trato con hombres, meneaba tristemente la cabeza; y en cuanto á la vieja criada, como si algo rastrease, estuvo furiosa toda la semana. Cuando llegó el domingo y se metieron madre é hijo en el coche, al subir al estribo, Flores se arrojó al cuello de Minguitos y le dió un abrazo trémulo y senil de abuela chocha, bábándole el rostro con el besuqueo de sus arrugados labios... Después se pasó el día sentada en el umbral de la casa, murmurando en alta voz palabras de sorda cólera ó de cariñosa lástima, apretándose la frente con ambas manos, en desesperado ademán.

Leocadia, ya en el coche, trató de convencer á su hijo y le describió la buena vida que le esperaba en aquel precioso establecimiento, situado en lo más céntrico de Orense, tan entretenido, donde tendría poco trabajo y la esperanza de ganar, hoy ó mañana, algún dinerito suyo...

A las primeras palabras, el niño fijó en su madre los ojos atónitos, en los cuales, poco á poco, la inteligencia se abrió paso... Minguitos solía comprender á media palabra. Bajó la cabeza y, arrimándose á su madre, se recostó en su regazo. Como callaba, Leocadia le preguntó:

—¿Qué tienes? ¿Te duele la cabeza?

—No... déjame dormir así... un poquito... hasta Orense.

Permaneció, en efecto, quieto y callado y al parecer, dormido, acunado por el traqueteo del coche y el ruido ensordecedor de los cristales. Al llegar á la ciudad, Leocadia le tocó en el hombro:

—Ya estamos...

Saltaron del coche y sólo entonces notó Leocadia que tenía el regazo húmedo y que allí donde se había apoyado la frente del niño, resbalaban sobre el merino negro dos ó tres irisadas gotas de agua... Pero al verse entre gente desconocida, en el lóbrego almacén, abarrotado de piezas de paño oscuro, la actitud del jorobado dejó de ser resignada: cogióse á su madre con desesperado impulso, exhalando un solo grito, resumen de todas sus quejas y afectos:

—Maaamá... maaamá...

Aquel grito aun lo oía dentro de su corazón Leocadia cuando, de regreso á Vilamorta, vió

á Flores que la acechaba en la puerta. Acechar es la palabra exacta, pues Flores se lanzó sobre ella como un perro de presa, como una fiera que reclama y exige su cría. Y lo mismo que el hombre furioso arroja contra su adversario cuanto á mano encuentra, así Flores derramó sobre Leocadia toda clase de denuestos, de bárbaras y desatinadas injurias, gritándole con su voz balbuciente de vejez y odio:

—¡Ladrona, ladrona, infame! ¿Dónde tienes á tu hijo, ladrona? ¡Anda, borracha, mala mujer, anda á beber licores... y tu hijo puede ser que se esté muriendo de hambre! Perdida, loba, falsa, ¿y el chiquillo? ¿Dónde está, ángel de Dios? ¿Dónde lo tienes, bribona, que rabiabas por librarte de él para quedarte con el otro señorito de morondanga? ¡Loba, loba, que aun las lobas quieren á los hijos! ¡Loba, lobona... si tuviese un fusil, tan cierto como estoy aquí que te cazaba con perdigones!

Pálida, con los ojos enrojecidos, Leocadia extendió las manos para tapar la boca á la frenética vieja: pero ésta, con sus desdentadas encías, apretó aquellas manos, dejando en ellas la baba de su cólera; y mientras la maestra subía la escalera, la vieja iba detrás, fatídica, murmurando en voz sorda:

—Nunca bien te ha de querer Dios, loba...

Dios te castigará y la Virgen Santísima... Anda, anda, regodéate porque hiciste tu voluntad... Maldita seas, maldita seas... maldita, maldita...

La maldición estremeció á Leocadia... La casa, con la ausencia de Minguitos, parecía un cementerio: Flores no había preparado comida, ni encendido luz... Leocadia, sin ánimos para hacerlo, se echó en la cama vestida, y más tarde se desnudó y acostó sin probar bocado.



XXV

CON qué interés leía Segundo las cartas de Roberto Blánquez, durante aquella temporada en que le daba noticias de su libro! Roberto tenía algunos años más que el *Cisne*: no tantos que les impidiesen haber sido muy amigotes allá cuando estudiantes; pero suficientes para que Blánquez conociese algo más el mundo y pudiese servir al poeta de guía y mentor. También Blánquez había tenido su época de *cisne*, rimando versos gallegos; ahora se dedicaba á la prosa de un humilde empleillo y hacía artículos de carácter administrativo; Madrid le ilustraba; y con la penetración natural é ingénita en quien tiene en sus venas sangre gallega de las rías, iba conociendo la vida práctica... Profesaba á Segundo fanática admi-

ración y cariño verdadero, de esos que se forman en las aulas y duran siempre. Segundo le escribía con absoluta confianza: unas primas de Blánquez eran amigas de la madre de Nieves Méndez, y por tal conducto sabía el poeta algo de su dama. No ignoraba Blánquez los episodios del verano. Y solía dar en los primeros tiempos, noticias muy satisfactorias. «Nieves vive retiradísima... Me enteraron mis primas... Apenas sale sino á misa... La niña no está buena... Dicen los médicos que es el desarrollo... La van á llevar á un convento del Sagrado Corazón, para educarla. ¡La madre dicen que está guapa, chico! Parece que quedaron muy bien de intereses... El libro no tardará ya mucho... Ayer escogí el papel para la tirada, y el de los cien ejemplares de lujo en papel de hilo... Los caracteres serán elzevirianos, que es lo más de moda... La portada... ahora se hacen preciosas á seis tintas... ¿Quieres que represente una cosa bonita, algo alegórico?»... Así por este estilo eran las cartas de Roberto, manantial de ensueños, alimento único de la fantasía de Segundo en aquel largo invierno, tétrico y oscuro, en aquel ignorado rincón, en la prosa de su casa, en los recuerdos de su malograda empresa amorosa.

Corría Marzo, mes ambiguo, de agua y sol, en que ya la primavera se anuncia con abundancia

de violetas y primulas, y el frío empieza á disminuir, y por el cielo, de un azul de acuarela, flotan como girones de lino blancas nubes, cuando Segundo recibió esa cosa inefable, que hace palpar de júbilo y de ansiedad y de inexplicable temor el corazón del hombre; esa cosa sólo comparable, por las sensaciones que produce, al hijo primogénito recién nacido: ¡el primer libro impreso! ¡Parecía un sueño que estuviese allí el libro, allí, delante de sus ojos, en sus manos, con la cubierta blanca satinada donde el dibujante había entrelazado graciosamente, alrededor de un grupo de pinos, unos cuantos tallos floridos de *no me olvides*; con su papel color garbanzo, que hacía parecer antigua y rancia la edición, y encabezadas las composiciones con tres misteriosos asteriscos! Al ver allí sus versos, limpios de borrones, nítidos, correctos, con el pensamiento destacado por la energética negrura de la tinta sobre la página clara, daban ganas de creer que habían nacido así, tan fáciles y con tan adecuados consonantes y sin enmiendas ni rípios.

A Leocadia la conmovió el libro, más todavía que al autor. Rompió la maestra en copioso llanto de gozo. ¡Era la gloria de su poeta, obra suya en cierto modo! Por dos ó tres días anduvo contentísima, olvidando las malas nuevas

que le traía Flores de Orense todos los domingos; de Orense, adonde Leocadia no se atrevía á ir por temor de ceder á los ruegos, y ablandarse ante las súplicas del niño, pero donde latían aquellas fibrillas de su corazón que aún destilaban sangre, y que Flores torturaba con el relato de los sufrimientos de Minguitos, cada vez más desmejorado, siempre quejándose de que en el almacén se mofaban de él y le echaban en cara su joroba.

¡Enigmas del corazón humano! Segundo, que desdeñaba el lugar de su nacimiento; que creía y no se equivocaba, que en Vilamorta no existía persona alguna capaz de aquilatar el mérito de una poesía, no pudo, sin embargo, dejar de ir una noche á casa de Saturnino Agonde, y sacando negligentemente del bolsillo el tomo, echarlo sobre el mostrador diciendo con fingida indiferencia:

—¿Qué te parece esta impresión, chico?

Al punto se arrepintió de semejante debilidad, tantas fueron las tonterías y patochadas que el elegante tomo inspiró á la irreverente tertulia. ¡Nunca lo hubiera enseñado! En fin, él se tenía la culpa. ¡Si el público no le trataba mejor que sus conciudadanos!... Nunca es dueño el hombre de prescindir por completo de la atmósfera que respira: siempre ha de interesarle aquel hori-

zonte que ve. Por poca importancia que concediese Segundo al dictamen de los vilamortanos, y aunque ciertamente su aprobación no lograría enorgullecerle, su inepta befa le ulceró y enconó el alma... Retiróse á su casa lastimado y dolorido. Pasó una noche febril, de esas noches en que se conciben magnos proyectos y se adoptan resoluciones decisivas.

Las condensaba en su carta á Blánquez... Este no contestó á vuelta de correo: pasaron días y días, y Segundo fué todas las mañanas á la estafeta, recibiendo siempre la misma respuesta lacónica... Por fin le entregaron una carta voluminosa, certificada.



XXVI

AL abrirla cayeron varios números de periódicos, donde señalados con una cruz de tinta estaban los párrafos en que se hablaba del libro recién impreso, del tomo de poesías titulado *Cantos nostálgicos*, que tal nombre dió en la pila Segundo á sus renglones desiguales.

Venía también una carta de Roberto, de cuatro carillas... Era su contenido tan importante para Segundo, de tal manera había de pesar y ejercer influencia en su porvenir lo que aquellas letras contuviesen, que las dejó á un lado, temeroso, sin saber por qué, de leerlas, queriendo dilatar lo que tanto deseaba... Veía la carta abierta, y le saltaban á los ojos ciertos nombres, ciertas palabras repetidas... Allí se nombraba muchas veces á la viuda de Comba... Para do-

minar su turbación, puramente nerviosa, recogió los periódicos, y se determinó á leer antes lo que traía la señal de la cruz... Recorrió el via-crucis, en toda la extensión de la palabra.

El Imparcial daba un estrepitoso bombo al país gallego, y para probar que en él nacen poetas con la misma facilidad que exquisitas pavías y bellísimas flores, citaba, sin nombrarle, al autor de *Cantos nostálgicos*, lindo tomito acabado de poner á la venta. Y ni una línea más, ni una apreciación crítica, ni un leve indicio de que nadie, en la redacción del popular diario, se hubiese tomado el trabajo de cortar las páginas del tomo. *El Liberal*, mejor informado, aseguraba en tres renglones que los *Cantos* revelaban en su autor gran facilidad para versificar. *La Época*, en lo más rezagado de su sección de *Libros nuevos*, alababa la elegancia tipográfica del libro; no aprobaba el sabor romántico del título y la portada; y, de refilón, lamentaba, que la musa del poeta fuese la *infecunda nostalgia*, habiendo por ahí tantas cosas sanas, alegres y fecundas que cantar. *El Día*...

¡Ah! Lo que es en *El Día* le pegaban á Segundo un varapalo en regla; pero no de esos varapalos sañudos, intencionados, enérgicos, en que se toma la vara á dos manos para deslomar á un adversario fuerte y temible, sino un lati-

gazo de desprecio, un capirotazo con la uña, como el que se da á un insecto cuando molesta; una de esas críticas sumarias, que el crítico no se toma el trabajo de fundar y razonar por ser tan evidente lo que dice, que no requiere demostración: una ejecución capital por medio de dos ó tres chistes, pero de las que acaban con un autor novel, le hunden, le relegan para siempre á los limbos de la oscuridad... Venía el crítico á decir que hoy, cuando los versos magistrales carecen de lectores, es lástima grande hacer gemir las prensas con rimas de inferior calidad; que hoy, cuando Becquer pertenece ya al número de los semidioses de la poesía, habiendo ingresado en el panteón de los inmortales, es pecado que se le falte al respeto imitándole torpemente, y estropeando y contrahaciendo sus pensamientos mejores; y por último, que es de sentir que jóvenes muy estimables, dotados quizás de felicísimas disposiciones para el comercio ó para las carreras del notariado y farmacia, gasten el dinero de sus papás en ediciones lujosas de versos que nadie comprará ni leerá...

Debajo de tal filípica había escrito de su puño y letra Roberto Blánquez: «No hagas caso de este animal. Lee mi artículo».

Con efecto, en un periódico oscuro y subte-

rráneo, de esos innumerables que ven la luz en Madrid sin que Madrid los vea, Blánquez vertía y desahogaba toda la bÍlis de su amistad y patriotismo herido, poniéndole al crítico las peras á cuarto, encareciendo el libro de Segundo y declarándolo digna pareja del de Becquer, sólo que un poco más dulce, un poco más soñador y melancólico todavía, á fuer de hijo de un país hermoso cuanto desventurado, un país más bello que Andalucía, que Suiza y que todos los países bellos del orbe: acabando por decir que, si Becquer hubiese nacido en Galicia sentiría, pensaría y escribiría como EL CISNE DE VILAMORTA.

Segundo cogió el manojito de periódicos y, mirándolo un rato con los ojos fijos y el gesto torvo, hízolo al fin pedazos, primero grandes, luego chicos, luego más chiquitos aún, que lanzó por la ventana y fueron á caer revoloteando, á manera de simbólicas mariposas, ó plateados pétalos de la flor de la ilusión, al charco de lodo más inmediato... Segundo sonreía con amargura. Allá va la gloria... pensó. Ahora... creo que ya estoy más sereno... Vamos á leer la carta!

Lo importante de ésta son ciertos trozos... adicionados con los comentarios que no en voz alta, sino mentalmente, hace el lector.

• Estuve, según tu encargo, en casa de la viu-

da de Comba, á entregarle el ejemplar que me remitiste tan cerradito y tan selladito...— ¡Claro! Llevaba dentro una dedicatoria que no me gustaba que viese *ella* que podías haberla leído *tú*...— Tiene una casa preciosa, con mucha cortina de seda y flores naturales.— Todo, todo lo suyo es así, delicado y bonito...— Pero tuve que ir dos veces ó tres antes de que me recibiese, porque siempre era mala hora...— No recibirá ella á dos por tres al primero que se presente...— Por último, me recibió con un sin fin de etiquetas y cumplidos... Está muy guapa de cerca, aún más que de lejos; y parece mentira, chico, que tenga una niña de doce años: ella representa, lo más, veinticuatro ó veinticinco...— ¡Qué cosas me cuenta á mí Roberto!— Pues nada, en cuanto le dije que iba de parte tuya...— ¡A ver!— se puso... ¿cómo te diré yo?— ¡Ruborizada!— disgustada y sobresaltadísima, chico; y además, tan seria, que yo me quedé volado y sin saber qué hacer...— ¡Infame! ¡Infame! Temía que yo... A ver, concluyamos, concluyamos...— No quiso recibir el libro por más instancias que le dirigí...— ¡Pero esto no se concibe! ¡Ah, qué mujer!...— porque asegura que le recordaría mucho *este* país, y el fallecimiento de su esposo, que Dios haya; y por consiguiente, te ruega que la dispenses...— ¡Miserable!

—de abrir el paquete... y de leer tus versos... y te da las gracias...— ¡Ja, ja, ja!— ¡Bravo! ¡Gran actriz!

»Yo, á pesar de todo, como tú me encargabas expresamente que se lo entregase, me propuse no volver á casa con él, y saludándola y tomando el sombrero dejé tu paquetito sobre un mueble; pero al día siguiente por la mañana ya lo tenía en casa, cerrado, lacrado, intacto...—Y yo no la arrojé al Avieiro aquel día en que nuestras bocas... ¡Estúpido de mí! En fin, acabemos...

»Ante esta conducta de la viudita, conjeturo que tú debes haber inventado todo aquello del precipicio y del balcón... me lo contarías para guasearte conmigo... ó como eres así, tan loco, soñaste que te sucedió, y confundiste el sueño con la realidad...—Hace bien en mofarse.—De todos modos, chico, si la viuda te interesaba, no pienses más en ella... Sé de fiyo, por mis primas, que lo saben con certeza por su padre, que al acabarse el luto se casa con un marqués de Cameros, que tuvo distrito en Lugo...—Sí, sí... comprendido.—La cosa no va de broma: ya le están bordando, según dicen mis primas, sábanas con corona de marquesa...»

La carta fué desgarrada con más lentitud que los periódicos, en trozos más menudos, casi en

polvillo de papel... Con los restos hizo Segundo una bolita, y la despidió briosamente para que se hundiese muy adentro en el charco de lodo... ¡Es el amor!... pensó, riéndose á carcajadas.

Comenzó á pasearse por la habitación, primero con cierta monótona regularidad, después con desasosiego y furia. Clara, la hermana mayor, entreabrió la puerta del cuarto.

—Dice la tía Gaspara que vengas.

—¿A qué?

—A comer.

Segundo tomó su sombrero, y se lanzó á la calle, dirigiéndose á las orillas del río, presa del furor que las necesidades diarias de la vida causan á los que sufren algún violento choque moral, un desengaño.